16

El Antipríncipe

Tratado sobre el arte del mal (o buen) gobierno

Primera edición en Reino de Cordelia, febrero de 2017

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S. L.
Avda. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Mario Garcés Sanagustín, 2016

© Ilustraciones de Javier Montesol, 2016
© Prólogo de Benigno Pendás, 2016

IBIC: JPA
ISBN: 978-84-16968-04-6
Depósito legal: M-40403-2016

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Sigráfica
Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El Antipríncipe

Tratado sobre el arte del mal (o buen) gobierno

Mario Garcés

Ilustraciones de Javier Montesol

Prólogo de Benigno Pendás

Índice

Tabla de equivalencias 9

Prólogo, por Benigno Pendás 13

El Antipríncipe 29

1 De los pactos para gobernar 31

2 De los tránsfugas 37

3 De la soberanía 43

4 De la equidad del Antipríncipe 51

5 Del gregarismo 57

6 De la lealtad 63

7 Del miedo 69

8 De la mentira 77

9 Del pensamiento de los súbditos 83

10 De la dialéctica 89

11 De la adulación 95

12 De la desmemoria 101

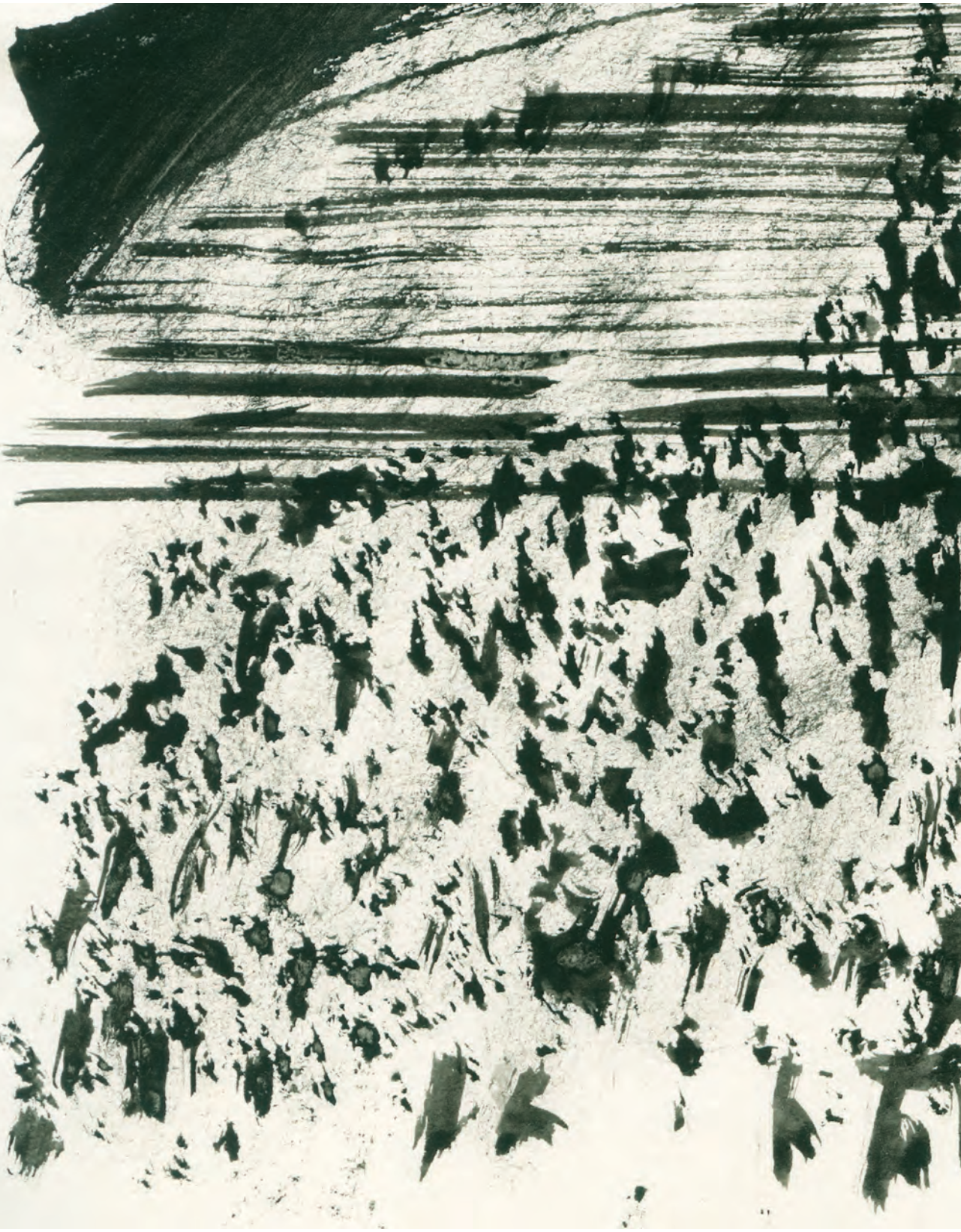
13 De la apropiación de ideas 107

14 Del uso del lenguaje 113

15 De la autoestima 121
16 Del arribismo 127
17 Del nombramiento de ministros y prelados 133
18 Del reparto de responsabilidades 139
19 De la ausencia 147
20 De la impunidad 153
21 De las incompatibilidades 161
22 De los presbíteros 167
23 De las leyes 175
24 De las retribuciones 181
25 De los incumplimientos de los compromisos 187
26 Del gasto público 195
27 De la gratuidad de los servicios 201
28 De la educación 207
29 De la organización territorial 213
30 De la política exterior 221
31 De la comunicación del Antipríncipe 227
32 Del protocolo 235
33 De los medios de comunicación 241
34 De la corrupción 249
35 De la unidad de acción 255
36 De la rebelión de ministros y prelados 261
37 Del cese de ministros y prelados 267
38 De la reelección 275
39 De la pérdida del poder 283
40 De la jubilación del Antipríncipe 289
Epílogo en tercera persona 297

Tabla de equivalencias

Denominación en el libro	Correspondencia con la realidad
Antipríncipes	Presidentes del Gobierno
Ministros	Ministros
Prelados	Secretarios de Estado, subsecretarios, otros altos cargos y asimilados
Presbíteros	Subdirectores generales
Cortesanos	Empleados públicos
Súbditos	Ciudadanos
Virreyes	Presidentes de comunidades autónomas
Colonias	Partidos políticos
Gregarios	Militantes y simpatizantes de partido



Prólogo

Igual que a Malcolm Lowry, a mí también me gustan los prólogos. Tal vez ese día el autor de *Bajo el volcán* «había bebido hasta la sobriedad», para no ser menos que su *alter ego,* el inefable cónsul Geoffrey Firmin. Debo añadir que a mí me gustan porque son (o deben ser) breves; incluso, muy breves. También porque confirman sin miramientos el principio de contradicción. En efecto, los lectores suelen atacar el prólogo una vez acabado el libro, aunque muchas veces se olvidan. En cuanto a los cultivadores del género, hemos leído el texto (supuestamente) antes de aportar nuestra modesta contribución, casi siempre prescindible. Confieso que me desconcierta el honroso encargo de presentar con justicia este libro singular. Ante todo, me hace dudar entre la *gravitas* cortesana a la manera velazqueña y la jocosa ironía de filiación goyesca en su trazo popular. El origen jacetano de Mario Garcés invita a tomar la vía de su ilustre paisano aragonés, aunque mi formación académica se inclina sin disi-

mulo hacia la primera. Al final, supongo, saldrá un híbrido, fiel reflejo de la prudencia consustancial a los «prelados» (según el peculiar diccionario de Garcés: altos cargos y asimilados). Mucho más en estos tiempos de zozobra sobre futuros e inciertos repartos de prebendas en nuestra España confusa…

Empiezo por la Historia de las Ideas. El pensamiento político contemporáneo es aburrido, pretencioso y dogmático, cargado de palabras esdrújulas y términos altisonantes. Por envidia hacia las ciencias naturales, pretendemos, al menos desde Hobbes, enterrar la tradición retórica y construir artefactos mecanicistas mediante una mala copia de métodos geométricos. Así, todo se vuelven contratos imaginarios a partir de «velos de la ignorancia» o «espacios deliberativos», para sustentar preferencias subjetivas bajo el disfraz de proposiciones inconclusas. Choca por ello (y se arriesga a ser mal interpretado), que nuestro autor haga suyo el viejo discurso prudencialista, cargado de humor inteligente y melancólico, pero nunca atrabiliario, cuyo objetivo es decir verdades incómodas que una legión de biempensantes se empeña sin éxito en ocultar. Desde este punto de vista, Mario Garcés ha escrito —diría yo— un *antiespejo de antipríncipes*, en tono arcaizante, con ecos notorios del Maquiavelo convencional y su legión de seguidores en la literatura de la *ragion di Stato*, surgida en el Renacimiento y universalizada en el Barroco. Por eso mismo, estamos ante una feliz conjunción de las escuelas propias de esa Antigüedad tardía que se adaptan como un guante a la fiebre helenística del mundo posmoderno.

El *background*, me parece, nos sitúa ante las creencias de la *Stoa*, y él mismo confiesa ese regusto doctrinal. El juego amable y cadencioso de los argumentos invita a situarnos en el jardín epicúreo. En fin, el escepticismo recorre el libro de principio a fin en abierta competencia con el cinismo, la secta del perro, porque el realismo descarnado de Garcés aparece cubierto por el manto sutil de la ironía; entre tantos ejemplos, los pleitos sobre protocolos, indumentarias y tratamientos o las andanzas de heraldos y cronistas para pontificar en las tertulias acerca de todo aquello que ignoran o las formas convenientes para ceder los trastos del Antipríncipe menguante al emergente.

Valga en este punto una reflexión adicional. Cuesta imaginar un cargo público tan exigente en cuanto a seriedad y rigor como el de subsecretario de Fomento, que nuestro autor ejerce —según es fama— a plena satisfacción del antipríncipe; de los ministros y prelados; de los presbíteros y cortesanos; por supuesto, de los gregarios; acaso también de los virreyes y sus colaboradores (él también lo ha sido en algún momento de su trayectoria); incluso, y ya es decir, de los súbditos, al menos de los (medio) buenos, los (algo) listos y los (un poco) educados, por utilizar con matices sus propias categorías. A nadie sorprende que el currículum de Mario Garcés esté nutrido de obras muy recomendables sobre ingresos y gastos públicos o sobre contratos administrativos. Es llamativo, en cambio, presentar al escritor heterodoxo que apuntaba muy buenas maneras en los *Relatos desde el avión* y los *Episodios extraordinarios de la Historia de España* y alcanza su madu-

rez con este Antipríncipe y otros personajes de guiñol, al estilo de la comedia del arte, tan fáciles de identificar que su creador se mofa de cuando en cuando de la suspicacia de los lectores. En un libro reciente (*Papeles y papeleo. Burocracia y literatura*) el ilustre jurista italiano Luciano Vandelli nos recuerda episodios muy significativos de la doble vida que anida en Kafka, en Tolstói, en Melville (más Bartleby que Ahab…). Nada menos… Así pues, la covachuela (o, en el nivel del escritor, el despacho con moqueta y buen coche oficial) es otra vez fuente de inspiración para la literatura. Ya nos decía Cela aquello de Madrid como poblachón manchego plagado de subsecretarios… Ahora no es en verdad poblachón, sino metrópoli. Tampoco forma parte de La Mancha en términos administrativos… Pero la «corte» sigue ahí para imprimir carácter a la «villa», y por ella caminan, pasan y sueñan esas buenas gentes machadianas que confían y a la vez desconfían de eso que dicen «casta» los que aspiran a ocupar su lugar al otro lado de la verja.

Así pues, hay un Garcés que tramita y resuelve asuntos de gran enjundia en largas jornadas diurnas y otro que da rienda suelta a su vocación (sospecho que algún día prioritaria) durante otras jornadas igualmente largas, que imagino nocturnas. Como todos los escritores que merecen ser leídos, domina varios registros literarios, muy lejos de la prosa funcional tan extendida en múltiples gremios. Como los aragoneses genuinos, es perseverante y tenaz, dueño de un contagioso buen humor. En fin, como todo liberal digno de ese nombre respetable, conjuga la firmeza de sus

convicciones con la tolerancia hacia la débil condición humana, más necesitada de comprensión que de disciplina.

La ficción implícita del «manuscrito encontrado en…» nos induce a buscar una fecha no menos ficticia. El análisis cronológico de las citas (a veces, por cierto, muy creativas) suele ser un método infalible: hay mucho Agustín y padres de la Iglesia; bastante Séneca y Justiniano; literatura castellana, incluido, cómo no, Don Quijote; a veces Milton y algún otro. Hasta aquí todo normal. El problema surge cuando aparecen Nietzsche, Lacan o Dürrenmatt para romper los esquemas. Garcés disfruta, sin duda, cuando hace sufrir al sesudo crítico racionalista. Al margen de anacronismos, estamos ante un espejo de (malos) príncipes, copiado del modelo clásico. Me recuerda mucho al maquiavelismo amortiguado, propio de Justus Lipsius (*Politicorum sive civilis doctrinae libri sex*, 1589) o de Giovanni Botero (*Della ragion di Stato*, 1598), y más lejanamente al implacable Gabriel Naudé (*Considerations politiques sur les coupes d'Etat*, 1639). Por supuesto, a los nuestros: más cercano a los tacitistas, hoy de moda otra vez, como Baltasar Álamos de Barrientos (*Tacito español, ilustrado con aforismos*, 1614) que a las inevitables «quintaesencias» de Gracián, que sin duda le gustan, o a las desordenadas «empresas» de Saavedra Fajardo. Tiempos apasionantes para el historiador del pensamiento, perplejo a día de hoy ante el giro copernicano en la interpretación de Maquiavelo, a partir de Q. Skinner, J. G. A. Pocock y otros sabios de Cambridge: el malvado florentino que nos asusta en *Il Principe,* a

quien Shakespeare llama «sanguinario», es ahora un republicano progresista, como demuestran los *Discorsi*. ¿Quién entiende a Maquiavelo? Es otro… porque no es el mismo. ¿Nos engaña? ¿Se contradice? ¿Acaso nos invita al juego de las paradojas? ¡Quién lo diría! Ya no sabemos si era bueno o era malo, no se confirman los viejos prejuicios, tenemos que leer otra vez con la mirada libre de los estereotipos al uso… Y para tal objetivo, este libro sirve de vacuna eficaz contra los dogmatismos.

Cuarenta días con sus noches iluminan, al modo bíblico, los cuarenta capítulos de este texto. Habrá lectores más o menos sagaces que quieran identificar antipríncipes en ejercicio: «buen administrador de tiempos»; «actitud contemplativa»; «ejercicio a horas intempestivas»; «mejor no contestar» que hacerlo «indebidamente o a destiempo». Pero también podrían jugar, solo por jugar, a reconocer a algunos antipríncipes del pasado: «No hay mayor peligro que un Antipríncipe jubilado sin negocio o actividad» . O a ciertos ministros «concupiscentes y bocachanclas» que solo desean «perorar en cualquier escenario». O aspirantes fallidos, como ese «redentor» de pelo largo y barba luenga, pues no hay iconografía que lo retrate calvo e imberbe. O cierto Antipríncipe que ha desfilado por el mundo «aportando bondad, próxima a la majadería». Incluso se cuela por algún epígrafe un llamado Njulás, cuyas andanzas se parecen mucho al personaje que acaban ustedes de adivinar. Pero dejemos ya el debate puntillista sobre el encaje doctrinal de la obra, porque, como bien dijo Thomas Mann, «en los géneros del arte, importa el arte y

no los géneros». Así que nos divertimos con esa mezcla bien trabada de formas antiguas con hechos modernos, sin olvidar que un espejo o antiespejo del siglo XVI o XVII no debería conocer —si fuera en serio— mociones de censura o políticas de telecomunicaciones.

Volvamos a las ideas en estado puro. Si algo identifica a la literatura política del Barroco es el pesimismo antropológico. Garcés hace gala de ello, sin pudor alguno, pero su espíritu bondadoso le conduce al realismo templado por la cordialidad, seña de identidad de los tolerantes frente a los dogmáticos. Sea como fuere, el Antipríncipe es (y debe ser) realmente *malo*, porque mucho peor en política es ser ingenuo, cándido o simplón. Por eso se ríe de los súbditos gregarios (que le sostienen) y de los cortesanos (que le sirven); prefiere a los aduladores, siempre al servicio de cualquier amo; practica en cuanto puede la arrogancia y la soberbia; ignora la excelencia y promueve la mediocridad… Crece por momentos la tensión cuando apuesta por el miedo, desprecia la igualdad o comprende a los corruptos. Procura, resumo, ser temido y no amado, como el Príncipe original, que utiliza medias verdades y medias mentiras o pacta solo cuando no queda otro remedio. Lo importante, como siempre, es decidir quién manda. Me recuerda así una sabia reflexión platónica: «Cuando se saben los nombres, se saben también las cosas…». Y añade el autor otras muchas perlas: el dinero «compra» silencios y voces; la envidia y la soberbia engrasan las voluntades; al mal se ha de responder con el mal. No contará

Garcés con la benevolencia de los dogmáticos. Seguro que es consciente de ello. Tal vez le llamarán «ministro» de Satanás (aunque sea solo «prelado») como el padre Ribadeneyra calificaba al Maquiavelo genuino. Porque nos movemos en un mundo donde la derecha elude (aunque no en este caso) la batalla de las ideas, mientras la izquierda muere de complacencia porque se atribuye, pase lo que pase, la defensa de la justicia frente a los intereses siniestros. Por lo demás, dice de pasada nuestro autor, también son malos los súbditos, teñidos de envidia, rencor y resentimiento. Aunque, en último término, prima el realismo sin más explicaciones: «El hombre es como es, ya sea súbdito o Antipríncipe».

La condición humana (*necessità*, diría Maquiavelo) solo puede ser dominada por el Príncipe o el Antipríncipe mediante la *virtù* capaz de atraer hacia sí la *fortuna*. Traducido a la práctica, realismo puro y duro. Por eso, «los escrúpulos son vacilaciones de espíritus débiles»; «la política consiste en justificar los compromisos incumplidos»; «vence siempre el mejor mentiroso», porque «la mentira es como un bálsamo o un narcótico, ya que todos los hombres se acostumbran rápidamente a ella…». Y ya que estamos en estos niveles: «el Antipríncipe siempre puede mentir, exista o no causa y razón»; más aún, «la impostura es la base misma en la que se apoya un buen gobierno». Yo diría que, comparado con el maestro florentino, el discípulo ha salido muy aventajado. A estas alturas, el lector cargado de buenas intenciones no puede reprimir un gesto de inquietud ¿Ten-

drá razón Garcés? Tal parece que dejamos oficio tan relevante en manos de impostores, maniobreros y hasta «peritos en trolas», a quienes importa solo la apariencia porque usan y abusan de la credulidad ajena. O sea que prosperan «los más necios y menos cualificados», y no parece que la esencia de lo político permita cosas diferentes, tales como carreras de méritos o reconocimientos objetivos. Si no fuera por la ironía, mucho me temo que más de un ciudadano honesto pediría la baja por depresión.

Hay otra faceta de nuestro autor que luce un poco por todas partes. Garcés es un alto funcionario, y a mucha honra, por formación y por vocación. Salvo alusiones marginales, todos los ejemplos proceden de la Administración, lo cual es muy comprensible si admitimos quién manda de verdad, al margen de formalismos sobre la división de poderes. No hay en este libro un Rey que se sitúe por encima del Antipríncipe/presidente del Gobierno. Poco dice del Parlamento, y no sale bien parado. Lo mismo ocurre con jueces y magistrados. Se divierte con razón al hablar de la (mala) calidad de las leyes y de los dislates que conllevan los excesos legiferantes. Con gesto de iuspublicista arremete contra leyes administrativas y tributarias que otorgan privilegios a la Administración bajo el manto de «prerrogativas» y del sedicente «interés público». Pero ser funcionario imprime carácter, y quien fue buen opositor tiende a ser generoso con los «presbíteros» (en su jerga: empleados públicos), aunque no deja pasar una a los «complacientes», los «invisibles» y otras categorías bien conocidas.

Y así van pasando los cuarenta capítulos, con sus cuarenta refranes a la entrada y a la salida, unos más famosos, otros bien hallados. Al igual que sus ancestros barrocos (o barroquizantes), este libro notable carece de sistema y ofrece sabiduría práctica aquilatada por alforjas más yuxtapuestas que ordenadas. Eso salimos ganando. Nos llama la atención hoy día la confusión de materias, a veces insufrible, que reflejan los clásicos políticos, sea el propio Maquiavelo o Bodino o Montesquieu y tantos otros. Conviene recordar que la forma (plúmbea) del tratado no se generaliza hasta el positivismo en el siglo XIX, y sería inútil exigirla en la tradición retórica y prudencialista. Acaso se echa en falta una dedicatoria empalagosa, ya sea a un Antipríncipe determinado o a su ideal platónico, que habría de ser jugosa, una vez conocida la pluma afilada que nos ilustra. Es sabido, no obstante, que aquellas adulaciones sonrojantes al mecenas y benefactor han desaparecido felizmente desde que los derechos de autor permiten obtener rédito razonable del esfuerzo y del talento, o acaso se diluyen hoy día bajo el eufemismo de «agradecimientos».

Algo hay que decir sobre el sustancioso Epílogo, donde el autor habla sobre sí mismo en tercera persona y no tiene empacho en calificar su propia obra de «original» y «clásica», a la vez utópica y amoral. Reanuda así el juego brillante de utopía y ucronía, al margen de las categorías *a priori* kantianas del espacio y el tiempo. Pero Garcés se conoce y se reconoce como «autor contemporáneo, testigo y juez, albacea y notario», «rapsoda» de su propia experiencia. Frente al lector superficial, aparece aquí

un relator exigente, que distingue muy bien entre el buen y el mal gobierno al modo, me parece, de las célebres alegorías de Siena. Disfruta con el desconcierto de su interlocutor, que no sabe si reír o llorar, aplaudir o pitar, admirarse o indignarse. Paradoja y encrucijada, porque el lector ofuscado no sabe ya qué camino seguir y se limita a disfrutar del rompecabezas sin mayor compromiso. En este caso, me temo que la propia lechuza de Minerva será incapaz de emprender su vuelo al anochecer. Por eso, como el prologuista juega con la ventaja de ser lector preferente, tiene el deber (estético) de dejar muy clara su opinión. Yo creo que Garcés admira profundamente al mejor Maquiavelo, más allá de los tópicos seculares. Tengo escrito que *Il Principe* es (también) una obra sin espacio ni tiempo, aunque se diga redactada en 1513, en el modesto Albergaccio que Niccolo heredó de sus mayores. En ese libro «viviente» (decía Antonio Gramsci, otra vez de moda) están reunidos todos esos horrores que nunca queremos escuchar, insoportables para moralistas y puritanos. Porque los humanos somos como somos y aprendemos a vivir con las contradicciones. Advertimos con Lord Byron que nuestra vida diaria transcurre en una nadería trabajosa (*labourious nothing*), pero pedimos excelencia a unos políticos que son, para bien y para mal, espejo de nosotros mismos.

Pero lo mejor de este libro insólito todavía está por llegar, bajo manto de sarcasmos y esperpentos, entre falacias y ficciones, albores y crepúsculos. Es un libro *democrático*, porque —nos dice— los refranes son destilado de sabiduría popular. En el fon-

do, diría yo, el vulgo quiere a su tierra y la emprende a maldades contra los antipríncipes que solo miran por lo suyo. En Sumer, donde empezó la historia, y aquí mismo, donde no va a terminar, aunque los españoles tenemos una extraña querencia por convertir lo nuestro en centro y eje del universo. Los refranes son, en efecto, «válvula de escape», desde el pionero Gonzalo de Berceo hasta los imponentes Alfaraches, Lazarillos y Celestinas, que tan bien conoce y oportunamente cita el redactor del Epílogo, suponiendo (como parece probable) que sea buen conocedor del autor del manuscrito. Lo que más agradezco como profesor de una esquiva asignatura llamada Política es, precisamente, esa excursión permanente por el terreno de lo probable y lo verosímil, muy lejos (a propósito) de las construcciones geométricas. Si lo prefieren, al modo de Vico y sus *corsi e ricorsi*, porque más cerca suelen hallarse un napolitano y un aragonés que uno y otro respecto de los naturales de Malmesbury o de Königsberg. Aunque, como concesión a su tiempo, Garcés nos informa en el último minuto de que son cuarenta piezas que componen «un todo imprescindible y cohonestado», más allá de las cuarenta que contamos en la baraja o en el tango.

Como responsable único de lo que yo lea, según nos amonesta nuestro sesudo escritor antes de despedirse, he aquí mi percepción subjetiva. Entre tanta sutileza, late un profundo amor a la cosa pública, una devoción hacia el Antipríncipe bueno, llamado —como su espejo maquiaveliano— «a liberar a Italia de los bárbaros». Naturaleza inmutable, egoísmo congénito, vanidad insa-

ciable… Todo eso es cierto, y sin embargo, no llega la fortuna, cuando falla la virtud… Patriotismo bien entendido, servido por el manjar de los clásicos, en ese mundo (decía el sabio ya viejo en los Orti Oricellari) «que solo es mío, para el que yo nací…»

Despojado de su *potestas* como prelado, Mario Garcés comparece ante la república de las letras, donde mandan críticos, editores y (felizmente) lectores, en busca de una *auctoritas* que no se compra ni se vende, y solo se reconoce a quien la merece. Talento no le falta. Cabe ahora desearle suerte y éxito.

Benigno Pendás
De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

El Antipríncipe

Tratado sobre el arte del mal (o buen) gobierno

I

De los pactos para gobernar

«Quando vos pedymos, dueña vos dezimos; quando vos tenemos, commo queremos»

No siempre el gobierno de un principado depende única y exclusivamente de la voluntad del Antipríncipe, pues puede ocurrir que no tenga respaldo o mayoría suficiente para gobernar. Los hay pactistas que anhelan esta situación, pues entienden que mediante el juego de acuerdos entre diferentes antipríncipes la autoridad se ejerce de manera más justa. Los hay antipactistas para quienes el acuerdo es causa ineludible de conflictos y, ante todo, la razón última por la que el poder y la fuerza se debilitan. Ingenuo habrá de ser el Antipríncipe que se adhiera públicamente a cualquiera de estas dos hipótesis, si bien en privado no dude que no hay mejor gobierno que el que se ejerce en solitario, como si la compañía de rivales fuera garantía de colaboración. Y es que cuando se pacta, indefectiblemente se cede, y cuando se cede inapelablemente se enerva la fuerza de quien gobierna. Pero una vez más ha de hacerse de la necesidad virtud, ya que la aritmética de los votos y de la representa-

ción no depende del buen Antipríncipe, sino de la voluntad colectiva de los súbditos, suma de voluntades individuales. Hubo tiempos pasados en los que se podía subvertir el sentido de los votos, pues los recuentos de las urnas eran tan corruptibles como vulnerables son los cristales con los que están fabricadas. Queda pues explicitado que el gobierno queda al libre albedrío de los súbditos, y de ahí saldrán Antipríncipe y gobierno. A los pactistas gusta referirse a estas situaciones deduciendo que los súbditos han querido expresamente que haya pactos para la designación del Antipríncipe, y que esos pactos rijan la totalidad del mandato de este. Nada hay más incierto y vulgar que este razonamiento, pues quien vota quiere esencialmente que gobierne el Antipríncipe seleccionado en su voto, y, lo demás, es puro filibusterismo dialéctico. En consecuencia, llegado al caso de la fragmentación de los votos en múltiples colonias de antipríncipes, es remedio y no deseo tener que ceder para alcanzar un acuerdo de gobernabilidad.

Cuando dos o más antipríncipes se sientan a negociar los fundamentos de un acuerdo para gobernar, proclaman que desean hacerlo sobre la base de una serie de principios y axiomas básicos y duraderos. Nada más lejos de la realidad. Lo primero que pactan es quién será el Antipríncipe del reino, pues todo lo demás es incidental e incomoda toda recta negociación. Porque los principios son relativos, pero el poder es absoluto. Pero no es una decisión que se pueda tomar con extrema prontitud, ya que indudablemente es la más importante de todas cuantas se puedan

tomar. Para desarrollar la negociación sobre la designación de Antipríncipe con criterio e inteligencia, no se ha de consentir a la primera reunión, ya que quien transige raudo, en débil posición queda. Comenta Agustín en el libro IV de *Confesiones* que una esposa no debe entregarse de inmediato a su esposo, para que el marido no la considere despreciable una vez desposada, que más valor tiene lo que se retarda que lo que al vuelo se alcanza. Y a la inversa para los esposos en las sociedades avanzadas. Cuenta con ventaja en la negociación de la designación del Antipríncipe quien ha tenido mayor número de votos, pero hay espíritus sediciosos y rebeldes, que hasta no siendo ganadores simples, aspiran a gobernar. Y si no son por ellos mismos, esta expectativa deriva de sus propias huestes, pues siempre hay gregarios de todas las colonias que habrán de situarse en ministerios y prelaturas. Así es el poder, del cual se despliegan múltiples servidumbres y la necesidad de satisfacer con premios y vituallas a quienes te han apoyado. Confirma Séneca en la *Carta LXXXI* este axioma cuando señala que no estimamos nada más querido que cuando pretendemos un beneficio; nada más despreciable, cuando no lo recibimos.

En toda negociación o pacto se esconden cesiones y concesiones, ganancias y pérdidas. Sin embargo, es sabido que todos los antipríncipes que participan en estos convenios acabarán presentándose a sí mismos como vencedores, como si la victoria fuera divisible y la derrota indivisible. Es espuria la discusión sobre quién cede más o menos, si dos o más antipríncipes

se reparten la autoridad, porque lo único que hacen es distribuir regalías y cargos. Lo demás, los principios y compromisos son residuales. Pero la vida no se consume en un presente inmediato sino que la perdurabilidad del pacto es condición sujeta a veces a la observancia formal de los conciertos. Y son cantos de sirena las promesas de los antipríncipes, sobre todo de quien llamado está a gobernar, pues una vez alcanzada la máxima autoridad, acabará diluyendo en la memoria las buenas intenciones del pacto. Lo refieren los Comentaristas cuando se refieren a quienes, mientras están en relación juran a las mujeres que por legítimas siempre las tendrán, y después que las poseen, no las atienden así. O los lenones, quienes pretendiendo engañar a jóvenes mujeres y retenerlas, les prometieron vestidos y calzados, así era la forma de embelesarlas y tenerlas; pero una vez que las juzgaban de su tenencia, les proporcionaban miserables alimentos y retales. Es harto frecuente que consumada la designación del Antipríncipe, a imagen y semejanza de los clásicos, el otro candidato que hizo posible la designación caiga en una desconcertante preterición. Y por mucho que se rebele ante esa muestra de ingratitud y desprecio quien facilitó el acceso al poder, difícil tendrá la sublevación pues el Antipríncipe ya controla todas las palancas del poder constituido. Mientras el candidato brama su ignominia, el Antipríncipe habrá reclutado para puestos de responsabilidad a los gregarios del candidato, y no habrá súbdito que acompañe en su desconsuelo al Antipríncipe olvidado.

Tampoco pídase coherencia a quien en el pasado optó por un Antipríncipe frente a otro. Hay hombres que nacen para cambiar, y no hay pudor ni recelo en estas transfiguraciones de los espíritus. Son incluso antipríncipes que cuentan con pequeñas colonias de seguidores pero que son necesarios para garantizar la gobernabilidad de un reino. Existe de hecho un territorio donde siempre se ha gobernado gracias a los pactos, pero con la singularidad de que quien ha permanecido siempre en el gobierno ha sido un pequeño Antipríncipe, caprichoso y mendaz, que tan pronto ha apoyado a unos como a otros para bien del reino. Y en ese apoyo, prebendas y privilegios han obtenido él y sus gregarios. Como ingeniosos son los posibilistas, quienes viven del cálculo y de la probabilidad, para quienes su apoyo es condición de responsabilidad y estabilidad política. Miren a un lado o a otro, siempre encontrarán Antipríncipe a quien secundar, pues en la cooperación está la ganancia. Y así, por los siglos de los siglos.

En los pactos no debe haber publicidad, siquiera sea porque las transacciones siempre han de llevarse con sigilo y discreción. Pero hay algunas sociedades avanzadas, donde por mor de la transparencia se predica que la negociación se realice en plaza pública a la vista de todos los súbditos, y no son pocos los que acuden con curiosidad a contemplar el desarrollo de la misma. Ingenuos son los que presienten que esa negociación no encierra misterios, ya que en lo esencial todo está decidido en despachos y salones privados. Pero si realmente fuera así, y la negociación de un pacto de gobierno se hiciese con plena publi-

cidad, no dude ningún súbdito que el fin del reino está cada vez más próximo. Porque hay que ser estúpido para pensar que en la opacidad está el pecado y en la publicidad la virtud. Cuando del arte del buen gobierno y de la estrategia se hace un espectáculo, desista el buen Antipríncipe de participar en este juego. Está todo perdido. Pero, así todo, aprenda el Antipríncipe a negociar para formar gobierno, que es la base de todo lo que ha de venir después, y no asuma tampoco demasiados riesgos ni conceda muchas mercedes, pues se sabe que es gran verdad *«quando vos pedymos, dueña vos dezimos; quando vos tenemos, commo queremos»*.

2

De los tránsfugas

«Eso diga barba que faga»

Los hombres deben cumplir lo pactado. *Pacta sunt servanda*. O no. Desde el principio de los tiempos los hombres han incumplido sus compromisos, así Adán y Eva, y no siempre ha sido necesariamente porque concurriera una tentación. En los sistemas políticos en los que el Antipríncipe es elegido en plebiscito público, los electos que constituirán asamblea con el Antipríncipe han de respaldar la elección de este como primer paso para la formación de gobierno. O no. Y en esta aporía, en esta paradoja irresoluble, los espíritus conversos se multiplican y son decisivos a la hora de nombrar al nuevo Antipríncipe. Son los tránsfugas, almas libres e irredentas, portentos de la naturaleza, que son útiles y necesarios cuando la razón y la convicción no han conseguido ablandar voluntades para la designación de un Antipríncipe.

Condición previa para que exista un tránsfuga es que no exista mayoría suficiente para ser investido Antipríncipe. Toda voluntad individual es doblegable y si no es posible hacerlo con la fuer-

za de la inteligencia y de la convicción siempre habrán de quedar otros medios para imponer el buen criterio y razón para que el Antipríncipe sea coronado. A lo largo de los tiempos, la primera fórmula que se utiliza para atraer la voluntad de un opositor es la misma fuerza, procedimiento que siempre se ha demostrado inapelable. Por muy contundente que sea el sistema, no hay duda de que la violencia es un método exasperante, pues ni los secuestros ni los tormentos físicos son un género de actividad que se compadezca con la lucidez y placidez de un buen Antipríncipe. Rehúya el Antipríncipe la utilización de la coacción física, en cuya preparación y ejecución siempre se utilizan súbditos bruscos, poco fiables, que a la violencia no le suele acompañar en el paso la inteligencia. Hay fórmulas mucho más ingeniosas, basadas en la agudeza y la perspicacia, y acaban teniendo unos resultados idénticos. En primer lugar, ha de observarse qué opositores presentan mayor fragilidad mental, aunque bien mirado, son los más fuertes porque no vacilarán en cambiar de colonia o bando, y para ello hay que tener coraje y valentía. Recuérdese al apóstol Pedro quien dijo: «Señor, mi vida la expondré por ti» y, tras esta afirmación, atemorizado por una sirvienta, lo negó. Con firmeza el Antipríncipe habrá de nombrar súbditos con experiencia negociadora para persuadir a los rivales de la bondad de apoyar su propia candidatura. Ofrézcanle bienes y riquezas, presentes y futuras, porque la moral del hombre es inversamente proporcional a su capacidad de enriquecimiento. No son súbditos inmorales, ya que la mayor moral es la que procura beneficio y estabilidad a un principado.

Procúrense tránsfugas que no teman la reprobación social, ya que ante el resto de súbditos sobrellevarán su penitencia durante todo el periodo de mandato. Hágase del pecado virtud y no ceda ante

los discursos de quienes hacen de la fidelidad inicial un dogma inmutable. Que no hay mayor equivocación que pensar, como hace Agustín en la *Carta a Bonifacio*, que entre los humanos no suelen romperse sin motivo alguno los contratos de buena fe; más cuanto un voto que se prometió a Dios realizarlo, no puede quedar sin castigo. Que yerra en el razonamiento es palabra y obra de Dios, ya que el propio Jesús había dicho: «Si alguno te golpease en una mejilla, ofrécele también la otra» y, en cambio, al ser golpeado en la cara, reprendió a su agresor y le espetó: «Si he hablado mal, corrígeme del error; si, en cambio, hablé bien, por qué me pegas». Así fue cómo le negó la mejilla y rescindió la palabra inicial. Tampoco aprendió la doctrina original el apóstol Pablo, quien, cuando fue violentado en su rostro, dijo al jefe de los sacerdotes: «Te golpeará Dios por tu pecado, pared blanqueada; tú te sientas para juzgarme conforme la Ley y mandas, violando la Ley, que me golpeen». Reconviene su razonamiento Agustín en el *Sermón sobre el niño del centurión*, pues sostiene que en público ha de hacerse aquello que sea más útil, so pena de cambiar la intención inicial de un voto o de un acuerdo.

El súbdito electo es propietario de su escaño, que no de su compromiso inicial. No hay pocas verdades tan sinceras como esta. Piensan algunas colonias de súbditos que el voto de lealtad a un programa y a un grupo es inquebrantable, y que si rompes esa regla has de renunciar a tu condición de electo en favor de otro candidato inserto en el propio grupo. El escaño, como el pensamiento, es libre, y no se puede juzgar a ningún súbdito por hacer

ejercicio de su libre albedrío. Tras muchos tránsfugas, existe un verdadero ejemplo de integridad y dignidad. Pues si bien muchos entienden que son los tránsfugas los que se desplazan, ocurre con frecuencia que el movimiento se ha producido por tu propia colonia, que ha renunciado consciente o inconscientemente a sus hipótesis de partida, así el súbdito se encuentra solitario en la posición inicial. Y nada se podrá reprochar, si así lo desearan algunos moralistas, ya que quien no cambia, no pecaría, sino que transgrediría la verdad inicial el grupo en su conjunto que ha evolucionado y se ha desplazado de la casilla de salida. Y abominará de él el conjunto inicial al que pertenecía el tránsfuga como si fuera la peste, pero no ha de vacilar, pues obtendrá ganancia y reconocimiento por parte de la colonia de adopción. Ya se sabe que en esa realidad habitualmente binaria, no se puede agradar a todos, así se condene a la maldición de unos y a la loa de otros.

Hay tránsfugas cuyas voluntades se adquieren a un módico precio, ya que todos los súbditos no tienen mismo precio ni valor. El medio más directo es entregar una cantidad de dinero, con cautela y discreción. Comiéncese la negociación ofreciendo una cantidad irrelevante, pues relevante puede ser para el que está llamado a recibirla. Si la cantidad que pretende el tránsfuga es inasumible, ha de procurarse negociar con otro tránsfuga, pues los espíritus son libres y así se corrompen con facilidad. Pero es el dinero vil transacción, por lo que existen otros procedimientos, más o menos visibles, para atender estas peticiones. El primero de ellos, ostentoso pero clarividente, es otorgar directa-

mente un ministerio, prelatura o magistratura al tránsfuga, puesto que ya que se entrega con delectación a la causa de apoyo al nuevo Antipríncipe, que no se oculte tal dignidad entre los elegidos a gobernar. Esta opción presenta ciertas debilidades, la más importante es que se convierte en un importante flanco de ataque para aquellos a quienes decepcionó y a los que desertó. Por ello, acostúmbranse a buscar métodos alternativos más discretos, pero no menos eficaces. Y siempre habrá deudas vencidas y exigibles que el tránsfuga no puede satisfacer que se podrán saldar, o negocios propios a los que viniera bien una inyección de financiación. Y si ninguna de estas técnicas fuera la más apropiada, no ha de descartarse auxiliar a un familiar o amigo del tránsfuga, que es como hacer aportación directa a él en la mayoría de los supuestos. Búsquese empleo seguro a un hijo, pues instituciones y fundaciones en el principado hay, tanto públicas como privadas, ahítas de contribuir a la estabilidad del reino por la vía del favor convenido. Que cuando se ayuda a un familiar, vale por dos, pues regla de multiplicación es. Y quien dice hijo, añádase esposo o esposa, padre o madre, hermano o hermana, amigo o amiga, y así hasta donde llegue la infinita gratitud del Antipríncipe. Es garantía de constancia, que no hay tránsfuga agradecido que no resista mandatos completos. Como la constancia del tránsfuga de la inconstancia nace originalmente, asegúrese de tener lista de reserva ante la eventualidad de una nueva mutación, pues especie evolutiva es. Y no se cometa error de pensar: «*Eso diga barba que faga*».

3
De la soberbia

«Por su mal, naçen las alas a la formiga»

PECADO CAPITAL y base de todos los pecados, la soberbia constituye una de las fuentes de la existencia misma de un buen Antipríncipe. Y como pecado, cultívese con aplicación y esmero, que la vanidad es un pecado superior, no en vano a Lucifer se le atribuye tan alta distinción, por querer simple y legítimamente ser igual a Dios. Así lo señala John Milton en *El paraíso perdido*. Así es la dignidad del cargo, así es la soberbia, y todo lo refiere Juan Crisóstomo. Y como complejo, además de pecado congénito, se produce con mayor intensidad en aquellos que han nacido de una familia pobre y en morada humilde, donde apenas existían alimentos para saciar estómagos rugientes, así las palabras de Jerónimo. Y es mutación común, pues el ascenso en clase social lleva aparejado el olvido de un origen menesteroso y la reivindicación permanente de grandeza y el vilipendio de toda manifestación de pobreza. Cual hormiga que remonta el vuelo sin percatarse de dónde viene. Y es el ejemplo del insecto el

que prende en nuestra tradición literaria clásica, que es así como en *La Celestina*, a cuya razón «la hormiga que dexa de yr, holgando por tierra con la provisión, jactose con alas de su perdición». O en el *Guzmán de Alfarache*, en el que se dice: «Que, de bien considerado, conociendo quien ella es, teme que si le diese licencia y alas, le acontecería como a la hormiga, para su perdición, así no se atreve ni consiente». Acaba *El Quijote* esta semblanza de la hormiga, por cuyo mal le nacen alas, «quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos a andar por el suelo con pie llano». Y es que de tan subida, gran caída, que así Dios reparte alas.

Acierte el Antipríncipe en cultivar soberbia, y no permita accesos de humildad, puesto que la modestia no es amparo sino de perdedores. Y no han faltado quienes han considerado la soberbia como virtud principal, entre los autores modernos, ya sea Rand o Nietzsche. Comience el buen soberbio por interiorizar que cuanto dice y obra no admite réplica, porque no hay ministro, prelado, presbítero, cortesano o súbdito que pueda contradecir palabra de Antipríncipe. La opinión del Antipríncipe es ostensiblemente superior a cualquier otra, razón misma de superioridad moral e intelectual. Y no confunda orgullo y soberbia, que a la primera categoría corresponde el sentido de los hombres que desean autosuperarse pero que no aspiran a predominar. El buen Antipríncipe vanidoso nunca reconocerá error, ni culpa, y nunca pedirá ayuda. Ante un error consumado en uno de los minis-

tros, debe actuar como si equivocación externa fuera, como si no hubiese sido designado por el Antipríncipe para este mandato. Que un buen Antipríncipe nunca debe incurrir en culpa *in eligendo*, sino, por el contrario, detectado el grave pecado, proceda al cese inmediato del incompetente, que el error no se puede transmitir hacia arriba. Así es la soberbia, que no reconoce errores propios, ni siquiera de designación de ministros y prelados cuando estos yerran, como si fueran miembros de otra familia. El error es patrimonio de otros, así como la culpa, que es la consecuencia natural del error. Paguen por tanto otros sus errores y no contaminen la siempre infalible posición del Antipríncipe, que bien hará removiendo rápido del puesto a quien otrora eligió, pero que ahora ha devenido en innoble. Tampoco el Antipríncipe soberbio demandará nunca auxilio o colaboración, porque es autosuficiente, ya se tambalee el reino. Admitir que se requiere ayuda es tanto como admitir que existe flaqueza de Antipríncipe, porque quien todo lo sabe y puede no necesita cooperación. Necios habrá que ayuda ofrecerán, pero si llegara el caso, renuncie a ese ofrecimiento, puesto que no hay capacidad ni inteligencia fuera del núcleo del Antipríncipe para aportar cabales ideas. Como efecto inducido, y ante la persistencia inicial de múltiples cooperantes, pronto se descubrirá que estos declinan su oferta, porque inútil es bajo la superioridad inflamada del Antipríncipe.

La arrogancia invita al Antipríncipe a valorarse en su justa medida, contra lo que piensan los moralistas clásicos cuando advierten de la necesidad de frenar la autocomplacencia exce-